

más abrigados en invierno y sean más felices en verano".

O bien: "La clase obrera es lo que me atrae en la ciudad (Dublin); son sus únicos seres verdaderos. Los burgueses me agobian. Si mi nombre no apareciera en el "Sunday Times" o en "The Observer", no querrían conocerme. No es que yo idealice a la clase obrera, nada de eso. Pero no aparentan interesarse en lo que no les interesa".

Brendan Behan, un irlandés petiso y gordinflón, escribió sólo dos obras teatrales en su vida: "El cliente de la mañana" (1957) y "El rehén" (1963); además una serie de ensayos y artículos, entre ellos "Mi Dublin". Falleció quemado por el alcohol en marzo de 1964, dejando una hija de cuatro meses, llamada Blaidin Jacqueline y 200.000 dólares.

Paladeando "El rehén" encontramos elementos de "La comedia de dos centavos" de Bertold Brecht y en la parte final estigmas de "Nuestro Pueblo" de Thornton Wilder. Habría algo también de Dylan Thomas, teniendo en cuenta el lirismo de ciertos momentos y naturalmente comparando la forma en que ambos autores terminaron sus vidas.

"Gente de Teatro", un grupo serio, formado por actores que no temen arriesgar la potable y comercializada imagen que les asignó la televisión, presenta un espectáculo de jerarquía, donde sobresalen: Norma Aleandro, Federico Lupi, Osvaldo Bonet, Bárbara Mujica y Carlos Carella. Notable también es la música de Víctor Proncet ("The Knack") y la ajustada dirección de David Stivel. ♦

reseñas bibliográficas

LUIS D. GARDEL. — *Les Armoiries Ecclesiastiques au Bresil (1551-1962)*. — Río de Janeiro, 1963. — 580 págs.

"Es esa una obra de paciencia y de buena voluntad" nos dice el autor en la Introducción, y parece que la paciencia ha estado ciertamente por parte de él, y la buena voluntad por parte de las muchas personas que le han ayudado, ya que ha tenido que llamar a muchas puertas para saber cuál era el escudo de tal o cual obispo, y para comprender lo que el tal o cual escudo quería decir.

Aunque sólo con relación al Brasil, muchos han sido los obispos que ha tenido ese país entre 1551 y 1962, y no llegan a media docena los escudos desconocidos, esto es, los que el señor Gardel no ha podido conocer, pero ha hallado los demás y de ellos además de darnos en facsímil o copia en solo negro, 3 por 4 centímetros, nos proporciona también una descripción y de una noticia biográfica, sumamente sintética, del prelado que exco-gitó y usó el tal o cual escudo. La mayoría de estos están ideados, como es de suponer y lo dice Gardel, sobre los principios y sobre las reglas heráldicas de Portugal, y eso, nos dice él, es más manifiesto entre 1551 y 1822.

Según Gardel, y se colige por los diseños de los escudos que reproduce, la heráldica brasilera eclesiástica era simple en el siglo XVI, y es en los siglos XVII y XVIII que se complica, y es en el siglo XIX que se advierte un regreso a la simplicidad, y en 1843 el Obispo de Mariana, monseñor Ferreira Vicoso, introduce un escudo de fantasía, aunque inspirado en símbolos religiosos bien conocidos. En su atropello contra las leyes de la heráldica llegar a poner la divisa o motto dentro del escudo mismo. Entre 1843 y 1900 hay para todos los gustos, hasta para los de paladar más estragado, y es curioso advertir que monseñor Dos Santos, consagrado obispo de Fortaleza en 1857, toma por escudo uno que no era malo, y promovido a Bahía en 1871, tira por la borda al de 1861, y traza otro que es tan sencillo, tan inteligible que, lejos de elogiarlo, como lo hace el señor Gardel, decimos que no llega a ser un escudo ni bueno ni malo.

Tratándose de los escudos de los actuales obispos brasileiros el autor se muestra muy prudente y "lusitanamente" delicado, pero entre líneas se puede leer su admiración por unos escudos y su justificado desprecio y aun terror al contemplar otros. El del obispo de Divinópolis es tan ultramodernista que no es fácil entenderlo. Nos dice que lo que

se halla en el cuartel superior es una estrella, por consiguiente no es un avión en pleno vuelo, y lo que se halla abajo es una paloma, no una gaita, pero nada nos dice de eso que está sobre la paloma y que parece un boomerang.

Si por lo general, y contrariando las leyes fundamentales de la heráldica, los escudos de muchos obispos argentinos, son unos Arca de Noé en miniatura, no pocos de los del no les van a la zaga, y creeríase que todos tienen por padre al Escudo de la República Oriental del Uruguay, que es uno de los modelos más cabales de cómo no ha de ser un escudo, si éste ha de tener derecho a ser considerado heráldico.

De este ingente lote de escudos episcopales brasileños hay algunos que, además de estar encuadrados dentro de las reglas heráldicas, son hermosos y expresivos, pero abundan con exceso los del mal gusto, y los hay que son simplemente abominables. Tales los de monseñor Luis Raymundo da Silva Britos, Manuel Dos Santos Pereira, Agustín Francisco Benassi, Ricardo Ramos de Castro Videla, Joaquín Antonio de Almeida, etc. etc.

Después de recorrer y analizar estos escudos, se pregunta uno ¿ad quid desperditio hace? ¿Cuál es el objetivo de estos escudos episcopales? La anarquía que entre ellos campea, por lo que toca a las leyes de la heráldica, y la complicación o amontonamiento de cosas, de que están saturados no pocos de ellos, y la pobreza ideológica que se advierte en la mayor parte, parecería decirnos que se trata de una tradición rutinaria y fútil, sin razón de ser y sin provecho para nadie.

Se trata, sin embargo, de algo que es o será histórico, y tal vez valga la pena coleccionar, como con tanta paciencia lo ha hecho el señor Gardel, para que los futuros preladados puedan tener modelos dignos de imitaciones y modelos dignos de todo anatema.

No tenemos sino palabras de elogio para la ingente labor del señor Luis D. Gardel y es evidente que ha trabajado, con empeño y con amor, pero no entendemos cómo en un largo elenco que hace de los escudos más merecedores de aplauso coloque, y en primer término, el de monseñor Miranda, obispo de Paraíba, ya que se trata de una vulgar "estampa" de la Virgen con el Niño Jesús en los brazos, sin que aquella cometa de cinco rayos lo eleve a mayor categoría; tampoco nos place el de monseñor Correa, de Caratinga, pues esos tres corazones, con las dos llamas para arriba y una para abajo, más bien es un rompecabezas.

Es evidente que la escasa formación estética que reciben, por lo general, los candidatos al sacerdocio, no los predisponen a idear con acierto el escudo que han de adop-

tar, al ser elegidos para alguna sede episcopal, y esta falla, y la de no haber en el episcopado la tradición que existía, y aún existe en las familias de noble estirpe, hace que algún aficionado a la pintura les endilguen obras de tan dudosa heráldica.

Guillermo Furlong

RAYMON ARON. — Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial. — Editorial Seix Barral. — Barcelona 1965.

Este libro de Aron, como otros muchos que tratan de semejante tema, es posible analizarlo desde distintas perspectivas. Y eso influye bastante en la valoración del mismo. Quiero decir que nuestro punto de vista sobre el asunto está de algún modo condicionado por nuestro punto de mira. Pero a la vez, cuando esto es consciente, aquél se vuelve más fecundo. Y el contenido del libro —bueno o malo— puede ser entonces mejor valorado.

Desde esta dimensión, pienso que, para nosotros, el más lógico modo de acceso a la problemática que plantea el libro de Aron es Latinoamérica. Primero, porque ella es nuestra más inmediata circunstancia y —lo sepamos o no— nuestra principal responsabilidad. Pero también, porque la "industrialización" es, sin duda, uno de los temas que hoy más le preocupan. Los caminos que tiene hacia ella son, en apariencia, tan sólo dos. Los "modelos de crecimiento" alternativos que se le suelen proponer a los países en vías de desarrollo son el soviético y el occidental. Y lo que importa saber es si tales modelos conducen a sociedades distintas, o si, al cabo, el resultado es el mismo. En otro tiempo, la respuesta habría que haberla dejado a un literato con cierta capacidad para imaginar el futuro. Pero hoy, teniendo a la vista numerosos análisis de lo que se llama "sociedad industrial", el asunto resulta más fácil y ya no es necesario recurrir a los recursos de la imaginación. Sin embargo, los estudios de la estructura de la sociedad industrial llegan con frecuencia a conclusiones bien dispares. Pocas veces se logran desentrañar las notas que pueden considerarse esenciales de la misma y diferenciarlas de las que son puramente accidentales. Además, el resultado está generalmente condicionado por la ideología del investigador: los socialistas, partiendo de lo que suponen "hechos incontrovertibles", tienden a saltar demasiado rápidamente por sobre las diferencias; los liberales, en cambio, suelen considerar éstas como más

importantes y profundas de lo que realmente son. Hay ciertas notas, en todo caso, que algunos quieren elevar a la significación de categorías de la sociedad industrial. Aunque esto sea discutible, es indudable que muchas de ellas aparecen en las modernas sociedades, tanto en el Este como en el Oeste. Desde nuestras perspectivas, lo que interesa saber es cuáles rasgos son inmodificables y cuáles no lo son. Para los latinoamericanos, eso permitiría escapar de éstos mediante una adecuada orientación y planeación de su desarrollo social. Pero eso exige, en todo caso, que la necesidad humana de trascender ideológicamente la realidad de la sociedad en que se vive no se haga a través de la sociología. Porque según señalaba Ralf Dahrendorf hace unos años, hay más de una razón para pensar que el concepto sociológico de sociedad industrial de que hoy disponemos tiene mucho de ideología.

Dentro de un marco de referencia como éste, demasiado complejo para seguir trazándolo simplistamente aquí, Aron se mueve con una gran erudición. Desde el principio al final, hay en su libro una particular insistencia en comparar los dos tipos de sociedad moderna representados por los Estados Unidos y la URSS. La relación dialéctica entre ellos —dice—, el conflicto de potencia y de ideología entre esos dos Estados, forma parte de la realidad concreta. De aquí la importancia del enfoque histórico; para él, entre las ciencias humanas la historia es la reina de las ciencias, a condición, en efecto, de que los historiadores sean ante todo economistas, después sociólogos y un poco filósofos; lo que quizá sea tan difícil como que los filósofos sean reyes. Pero en esta parte, sin embargo, el análisis es predominantemente económico. Porque el libro es tan sólo el primero de una serie de tres cursos que el autor dictara en la Sorbona hace unos años. Un juicio definitivo sobre la posición de Aron sólo podría darse, entonces, luego de conocer *La lutte de classes* y *Esquisse d'une théorie des régimes politiques*, que le han seguido a aquél. Desde ahora deja verse, no obstante, que Aron tiene una especial preocupación por señalar las diferencias entre los dos sistemas que, según él, es posible que se mantengan a lo largo de su evolución. Esas diferencias hay que advertirlas en el campo económico, político e ideológico: tan sólo en el primero, son demasiado distintos los sistemas de propiedad de los instrumentos de producción, de distribución de los recursos y de distribución de la renta. Y no parece muy

claro que, por lo menos en estos aspectos, los sistemas tiendan a aproximarse. Como el mismo Aron dijera hace poco, ha ocurrido que unos regímenes que pretendían ser irreductiblemente hostiles han edificado, cada uno por su parte, unas industrias cuyas técnicas de producción se parecen. Pero el régimen occidental y el soviético, aun siendo de tipo industrial, no son idénticos. Es absurdo —dice— decretar de antemano que lo que tienen de común es más importante que lo que los distingue. El libro, aun cuando pueda ser pasible de las fundadas críticas que en este orden suelen hacerse a los liberales, aporta muchos elementos que cuestionan seriamente la visión en cierta forma opuesta y "optimista" de los socialistas que ven a veces demasiado fácil el camino hacia la "convergencia" de los regímenes. Pero es posible que sea esta misma insistencia en comparar empíricamente los sistemas lo que ha impedido que Aron muestre con claridad cuáles son los caracteres constitutivos de la sociedad industrial. En este sentido, me parece que el libro no arroja mucha luz.

Los dos modelos, sin embargo, no son hoy para nosotros alternativas únicas. El soviético, porque es demasiado ajeno a nuestras tradiciones y creencias. El capitalista, porque apenas si tiene ya —como decía profundamente Maurice Duverger— una "legitimidad negativa". Pero sobre todo, porque uno y otro no han sido, hasta hoy, adecuada respuesta a una verdadera expansión de la persona. Los caminos hacia el desarrollo tampoco son únicamente los que siguieron las actuales sociedades industrializadas. Porque los puntos de partida son distintos y las exigencias históricas son otras. Latinoamérica tiene hoy abierta la oportunidad de adelantarse en el tiempo y ofrecer al mundo un futuro distinto. Eso mostraría que aún no ha agotado su originalidad y su capacidad creadora.

Eduardo Sánchez Martínez

MARCOS ESTRADA. — *Belgrano y Anchorena en su correspondencia*. — Buenos Aires, 1966. — 124 pp.

Es sin duda ésta una de las publicaciones más originales que, con ocasión del sesquicentenario del Congreso de Tucumán, han aparecido en el pasado año, y su originalidad estriba en que el autor nos ofrece once cartas inéditas de Belgrano a Anchorena y dos de Anchorena a Belgrano, en las que hay noticias del mayor interés. Los originales de las de Belgrano obran en poder del autor,

y las de Anchorena han sido tomadas del Borrador de Cartas, del mismo e íntimo amigo de Belgrano.

En una introducción, o prólogo, se refiere Estrada a los dos corresponsales y en sesenta páginas, nos ofrece una semblanza, así de Belgrano como de Anchorena, con algunas noticias nuevas sobre el uno y el otro, como la preciosa carta del Dr. Darregueira, del 27 de octubre de 1816, acerca del sistema de gobierno, que estimamos inédita aunque tal vez sea édita, como la nota primera de la p. 41, que explica porqué Belgrano propuso en la sesión secreta del Congreso de Tucumán (6 de julio de 1816) la coronación de un Inca. Terminada la dicha sesión, su amigo Anchorena le reprochó amigablemente su punto de vista, entablándose el diálogo siguiente: —“¿Cómo ha podido Vd., compañero, tener una ocurrencia tan exótica?”. —“Porque estoy persuadido —le respondió Belgrano— de que al correr la voz y propagarse en el Perú, se entusiasmarían los indios y se esforzarían en hostilizar al enemigo, con lo que distraído éste tendremos tiempo de engrosar el ejército para atacarlo, llegada la oportunidad”. Anchorena combatió esa idea y en nuevas sesiones extraordinarias, mediante una eficaz propaganda previa, en la prensa y en la correspondencia particular, logró hacer entender lo absurdo de la misma”.

Suponemos inédita la carta de Anchorena, que cita el autor en su nota de la p. 31, y que escribió él al Dr. Juan Gualberto Echeverría, el 16 de abril de 1813, desde Jujuy, y a raíz del desastre de Vilcapugio: “hasta ahora no hemos podido salir de aquí. Ya Ud. habrá visto cómo quedó nuestro ejército de resultas de la acción del 20; y nosotros sólo sabemos cómo ha quedado, después, por la multitud inmensa de enfermos de terciana que cayeron enseguida de la acción, a causa de las continuas mojaduras, malas noches y demás trabajos que sufrieron en una estación la más penosa en estos países. Los recursos de estos pueblos están agotados; la arriería está destruída; el tránsito al Perú asolado y desierto; los ríos crecidos, y la gente sólo puede ir a pie; el invierno está encima y los soldados se hallan escasos de ropa. Debemos llevar todos los víveres desde aquí y éstos ni están prontos, ni han podido estarlo, para más de tres mil hombres”.

Pero si en la introducción hay pepitas de oro, las once cartas inéditas de Belgrano son una veta del más puro y acrisolado. En primer término se confirma todo lo que se sabía sobre la religiosidad y piedad de Belgrano. Véanse las primeras líneas de la primera de esas misivas:

“Mi amigo: celebro el feliz arribo, al buen recibimiento, y las demostraciones religiosas más que todo; con estas ganamos con Dios,

con la Generala, con los pueblos, y con el mundo todo: ojalá que jamás nos desviemos de ellas”.

Se deduce de esta carta que no eran pocos los patriotas de mera conveniencia, que había entonces, a los que Belgrano denomina “patriotas volcanizados”, y los considera “más inicuos que los mismos tiranos”. En la segunda misiva tiene frases bravías para los que se creen “Don Preciso”, esto es, los hombres imprescindibles, y parece que Dorrego se creía uno de los tales y Araoz otro de esa naturaleza privilegiada.

Se refiere a Brayer en su carta del 10 de agosto de 1813, y escribe que, en los comienzos de la guerra, “clamábamos por extranjeros; pero estoy cierto de que no vendrán los que valgan algo: ello es lo que más me gusta de la victoria de Maipú, es que no hubo un extranjero a la cabeza de los valientes que vencieron, y que ha habido jefes que han aprendido la guerra entre nosotros: yo nunca lo pediría para evitarme los disgustos consiguientes”.

De la desastrosa situación, en que se hallaba su ejército por falta de recursos, hasta de cabalgaduras, se refiere Belgrano, una y otra vez, y así en 26 de agosto de 1813, manifestaba a su gran confidente que “lo peor de todo es la escasez de numerario; esta nos aflige a todos, y a mi me tiene bastante angustiado, temiéndome que el ejército, que mando, —me ha costado acercarlo a un pie regular— se me vaya a desmoralizar: no come más que carne flaca y maíz, y no ve un medio, dos meses há, ni aun he podido cubrirlo con ponchos.

Por la razón de la pérdida que Vd. me indica con los billetes de Aduana, no hay quien no huya de prestarme, a más de que verdaderamente no tienen, y yo no quiero repetir empréstitos forzosos que no pueden llenarse, y siempre disgustan: así es que clamo y clamaré porque me auxilien”.

Hermosamente, y con sentido cristiano, escribía en 30 de octubre de 1813: “Mi amigo: no conozco la melancolía como Vd.: confianza en Dios, y trabajar largo que hemos de salir adelante: ya le escribo a Bustamante que a Vd., o a el los necesito aquí; pues que ya no puedo con tanto”. Pero anotaba también que se valía de los castigos para contener a los rebeldes e inquietos; “no crea Vd. que se quede sin castigo nadie; he de hacer cuanto pueda para que el ejército se mantenga, aunque no tenga más que un hombre, con orden y disciplina: estoy contento con los que hay aquí”.

Dos meses más tarde, a 15 de diciembre de ese mismo año, manifestaba que “jamás podremos contener los abusos si no andamos a palos con todos: en este caso me he de poner, y venga sobre mí lo que viniere: no veo

más que pícaros y cobardes por todas partes, y lo peor es que no vislumbro todavía el remedio de este mal".

Larga es la misiva del 19 de octubre de 1814, pero su párrafo más aleccionador es el que copiamos a continuación: "¿Para qué da Vd. lugar a ideas tristes. Mucho tiempo ha que me propuse libertarme de ellas, y jamás les doy entrada en mis mayores apuros: los que creemos que hay una Providencia, y que ésta todo lo dispone, veremos adelantado cuanto hay para no admitir la tristeza entre nosotros: ¿a qué anticiparse a los males? Con demasiada aceleración vienen a nosotros: resignarse a recibirlos con tranquilidad, y conseguir ésta en las mayores tempestades, debe ser nuestro principal estudio: que nos entristezcamos, o nos alegremos, la mano que todo lo dirige, no por éso ha de variar: ésta es una verdad evangélica, y en tal caso ¿no es mejor alegrarse? Adopte Vd. este sistema, que no es el de los iluminados, y sus momentos se harán más llevaderos: demasiados males físicos padecemos; dejemos los morales a otros".

Interesantes son también las cartas de Anchorena, y en ellas hay apreciaciones exactísimas, como cuando califica a Alvear de "bribonzuelo", en carta del 26 de febrero de 1816, y si hubiera podido escribir, diez años más tarde, habría podido agregar algo más deshonroso, ya que criminalmente traicionó al país.

La sola publicación de estas cartas valoran este precioso librito, tan bellamente impreso en los talleres de la Casa Estrada, pero además de ellas y del ya laudado prólogo, el autor ha anotado todas las cartas (pp. 85-106), no siempre cual quisiéramos, ya que al aconsejar Belgrano que a un patriota tibio había que "hacerle leer y meditar a Washington", nos informa quién fue este gran soldado, pero nada dice sobre el Farewell address del inglés por Belgrano y hecho publicar en Buenos Aires. No en estas notas, sino en una al pie de la p. 37, nos dice Marcos Estrada que la "Reverente súplica" fue publicada en Londres, en 1815. Mucho dudamos que así sea, ya que la tipografía nada tiene de inglesa y es muy española o hispano americana.

Bienvenidos sean publicaciones de este jaez, con tan escasos e insignificantes deméritos y con extraordinarios méritos, como los arriba consignados.

Furlan Juan Cardiff

MIGUEL ANGEL VERGARA. — Don Pedro Ortiz de Zárate. — Jujuy, tierra de mártires (siglo XVII). — Rosario, 1966. — 344 pp.

En 1942, y en Salta, publicose un buen trabajo sobre el mismo tema: "Los mártires de Santa María de Jujuy: Pedro Ortiz de Zárate y Juan A. Salinas, por el R. P. Juan P. Gre-

non S. J. y Canónigo Miguel Angel Vergara (132 pp.) pero la monografía, que acaba de darnos el segundo de estos autores, no es una segunda edición, sino otra obra, así por su extensión como por su intensidad (344 pp.). Podría decirse que aquel era un esbozo, éste el cuadro; aquel la minúscula semilla, este el frondoso árbol.

Es ésta la primera reflexión que nos sugiere este volumen, que acabamos de leer con enorme interés y con la satisfacción de haber aprendido mucho, y la segunda es que pocas cosas satisfacen tanto como el oír, y en este caso, leer, a quien está empapado del tema, ya que este libro nada tiene de improvisado, nada denota apresuramiento, ni en la investigación, ni en la confección, ni en la redacción. Su autor parecería ser uno de aquellos temibles (para los ignorantes) y a la vez admirables (para los cuerdos) a quienes se denominaba otrora "homo unius libri", y hoy llamamos especialistas, y entre los de esta laya no un incipiente sino un consumado, el autor de esta obra.

Fue después de leer el colofón, el índice y el texto, que leímos el breve prólogo del autor y hallamos plenamente confirmado nuestro juicio sobre cómo se escribió esta obra: "Hemos escrito este modesto libro, cuyo tema hemos empezado a investigar y meditar hace más de cuarenta años. Poco a poco, en medio de nuestro ministerio de 14 años, en la Provincia de Jujuy, y en el resto de nuestra vida, fuimos acumulando fuentes de los Archivos de la Ciudad de San Salvador, de los de Salta, del General de la Nación, del de Indias de Sevilla, del Jesuítico del Colegio del Salvador de Buenos Aires y de varios otros de carácter particular.

Nuestro ánimo ha sido siempre la glorificación del mártir jujeño, Don Pedro Ortiz de Zárate, juntamente con el esclarecimiento de la hermosa historia, aún casi desconocida, de Jujuy. Aunque esta era nuestra preocupación primaria, hemos deseado que se recordaran todas las glorias de esta Provincia, y de un modo singular, de la Compañía de Jesús, que puede llamarse la madre espiritual de Jujuy, por su acción casi continua durante tres siglos en la formación étnico-cristiana de su pueblo. Fruto de esa acción maravillosa, poco conocida, son los cuatro mártires jesuitas del siglo XVII que recordamos.

Hemos sugerido también al lector el recuerdo del mártir mercedario Padre Fray Juan Lozano y de los anónimos mártires indios, que rindieron su vida por Cristo y su civilización".

Don Pedro de Zárate merecía una biografía de esta reciedumbre, y es por cierto de bronce el que monseñor Vergara ha erigido al gran caballero jujeño, al fervoroso sacerdote y mártir de Cristo, y si es de proporciones gigantescas el monumento que, años atrás,

se ha erigido en Humahuaca a los soldados de Güemes, es sin comparación más excelente y más imperecedero el que el historiador Vergara ha levantado a este párroco de la Quebrada humahuacense.

Aunque no se dice en el texto, se dice en el índice, que la primera parte de la obra se refiere al caballero, y lo era en verdad Don Pedro, y celebramos que el Padre Vergara haya en doce capítulos expuestos con enorme riqueza de detalles la conducta cívica, social y religiosa de ese caballero, encomendado cristiano de Humahuaca, y esposo excelente. La parte IV del capítulo XI, de esta primera parte, lleva subtítulo: **"Don Pedro perfecto caballero feudal"**, y todas las secciones pudieran rotularse **"Don Pedro perfecto caballero cristiano"**, con un cristianismo de fondo, que le llevaba a mirar por sus derechos solo después de haber mirado por y cumplido sus deberes para con los demás.

Habiendo enviudado, consagróse Don Pedro de sacerdote y fue capellán militar, párroco de Jujuy, visitador del Obispado, y siempre austero consigo aunque generoso con los demás, ya que la caridad de Cristo le espoloneaba. Bellamente cierra Vergara esta segunda parte de su libro con un capítulo sobre **"el amor que Don Pedro tenía a la música y al canto"**.

"El Mártir" es el título de la tercera parte de este estudio y es el que desarrolla el autor con mayor caudal de noticias nuevas y de nuevos esclarecimientos y novedades. Es aquí, sin embargo, donde notamos la única falla sería en esta monografía, ya que tratándose del Valle de Centa o Zenta, que los jujeños y salteños conocerán poco, y los demás argentinos desconocen en absoluto, hubiera sido más que conveniente un buen planito de toda la región, y no tan solo la inserción de uno de los mapas que, años hace, publicamos, pues de poco sirve, y otro tanto hay que decir del planito de la p. 296, sin indicación siquiera de los meridianos y paralelos, para ubicarlo así en un mapa moderno.

Si prescindimos de esta falla, es luz esplendorosa la que derrama el Padre Vergara sobre los afanes apostólicos, sobre las bravas correrías por las pampas y bosques, al oriente de la Quebrada de Humahuaca y sobre la heroica muerte de Don Pedro y de su compañero, el sardo Juan Antonio Salinas, de suerte que, paso a paso, seguimos a los dos misioneros hasta que fueron inmolados en las espesuras del Chaco, **"bolson de indios feroces"** y también **"tierra de mártires"**.

Pero esa tierra era jujeña y, por eso, el autor puso a su libro el subtítulo **"Jujuy, tierra de mártires"**, y por eso incluyó una excelente relación del martirio de los Jesuitas Osorio y Ripari, y del mercedario Lozano, y aunque fueron dos los jesuitas que acompa-

ñaron a Don Pedro, los Padres Salinas y Diego Ruiz, éste se hallaba ausente, cuando aquellos dos entregaron sus vidas en aras de su apostolado. No es, pues, excesivo el decir, como lo dice el autor, que es **"Jujuy, tierra de mártires"**.

Con paciencia más que benedictina, ha explorado Vergara con doble candil los archivos jujeños, salteños, tucumanos, y el Archivo General de Indias, que se halla en Sevilla, y ha libado cual **"apis solícita"** cuanto podría serle de provecho en los libros de Lozano, y en los escritos de Jarque y de Machoni, y ha sabido digerir todo ese material, y exponerlo con claridad, con lógica hilación, y en un estilo sin estilo, que es, como el agua cristalina, el mejor estilo y el que más place a los lectores y el que más y mejor condice con lo histórico. Solamente en una ocasión se entromete la imaginación y, a base de lo que dijo al autor, doña Filomena Padilla y Barcena, refiere lo que fue, o pudo haber sido, la pompa que provocó y rodeó el desposorio de Don Pedro en 1644, y en una nota advierte que **"tal descripción no es imaginación del autor"** (p. 137).

Los jesuitas no podemos sino agradecer, muy de corazón, al historiador Vergara todo lo que ha trabajado para esclarecer la actuación y el martirio de los Padres Osorio, Ripari y Salinas, aunque es posible que habría podido completar aún más algunos puntos si hubiese conocido algunas de las eruditas notas con que el Padre Pastells ha avalorado su **Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay**, ya en este, entre otras cosas, cita y largamente extrae una relación escrita por Ripari. El aserto que hace el autor en la introducción, según transcribimos arriba, y que viene avalado por quien es el historiador máximo de Jujuy y Salta, no será olvidado por los que somos de la Compañía de Jesús, de la que dice el Pbro. Vergara que **"puede llamarse la madre espiritual de Jujuy por su acción casi continua durante tres siglos en la formación étnico-cristiana de su pueblo"**.

Guillermo Furlong, S. J.

JESUS ANDRES VELA: — **Grupos Juveniles**. — Guadalupe. Buenos Aires, 1967. — 365 págs.

Un libro nuevo que responde a un ansia de mucho tiempo. Y no dudamos que esta respuesta sobrepasa las esperanzas más entusiastas. En un momento en que se nota una desorientación pastoral en el ámbito juvenil, en que la crisis de vocaciones sacerdotales y religiosas se hace sentir con mayor fuerza, y en que los remedios propuestos suelen pecar de extremismos o al menos re-

sultan evidentemente parciales, esta obra del P. Vela es un aporte positivo y básico.

El autor enfrenta el hecho de la desorientación cristiana de la juventud y de considerar el cristianismo como una norma de vida extrínseca y añadida. Frente a esto sólo queda un camino: producir en el alma la sed de Dios que salva. Es necesario que a nuestros jóvenes se los proponga la vocación cristiana en toda su profundidad, que aprendan a vivir las exigencias de su Bautismo, y que realicen en sus vidas la conciencia de que todos somos llamados a la santidad.

Este sería el propósito del autor claramente expresado en el subtítulo: **Hacia una mayor plenitud cristiana**. La obra se desarrolla en tres partes. En una parte el P. Vela trata de la **Psicodinámica y Mística de los grupos juveniles**: base sobre la que apoyará los capítulos ulteriores. En la segunda parte —la más extensa de todas— desarrolla lo que ha llamado **los tres aspectos de la formación integral**, que son: 1) formación de la persona humana; 2) formación de la personalidad apos-

tólica; 3) mística vocacional. Finalmente, en la tercera parte, enfoca ya la **captación y estructura del grupo juvenil**, que responde a la necesidad de formar grupos integrados por jóvenes selectos, del tipo "Escuela de Guías".

El autor trata siempre de abrir el camino a soluciones integrales para todas las preguntas que le suscita al joven, la experiencia de su vida. Y aquí es donde está su mayor riqueza: eludir toda problemática, y consecuentemente toda solución, que suponga una concepción demasiado dividida de la realidad juvenil. Los problemas están hondamente relacionados, y una solución satisfactoria exige que sean considerados en su totalidad.

El estudio de esta obra permitirá mayor agilidad y profundidad en el trabajo con jóvenes de ambos sexos. Al felicitar esta publicación nos queda el deseo de ver pronto publicado el estudio de Othon Li y Cayetano de Lella sobre **Conducción Juvenil Integral**, al que el P. Vela remite en algunos puntos.

J. M. B.

ACERO MUEBLES S. R. L.

FABRICANTES

MUEBLES DE ACERO •

CAJAS DE SEGURIDAD

*La línea más completa en Cajas de Seguridad
y Muebles Metálicos para oficinas*

CAJAS DE SEGURIDAD — TESOROS DE AMURAR
ARMARIOS — ARCHIVOS — GUARDARROPAS
FICHEROS — MESAS — SILLAS — SILLONES
BUTACAS — PERCHEROS — CENICEROS — BANDEJAS
ESCRITORIOS — MOSTRADORES — BIBLIOTECAS

LINEA DE AVANZADA Y COMPLETA PARA OFICINAS

Av. CORONEL ROCA 2854

BUENOS AIRES

Tel. 923 - 9028

923 - 3545